
El Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe.

EL TIEMPO de la llegada del Sr. Alcalde, "Guadalajara, refiere uno de nuestros más notables escritores, (29)—con cuyas apreciaciones estamos conformes, generalmente hablando,—se encontraba hecha la capital de una vasta provincia y constituida en centro de todos los negocios judiciales y administrativos de ese territorio; pero no había por esto en ella los adelantos de las artes, la industria y el comercio que poco después florecieron en México bajo la sabia administración de Revillagigedo. Era una ciudad infantil todavía, cuya industria se limitaba á las artes más groseras de la vida; (30) cuyo comercio era un monopolio organizado sin complicación, y ejercido sin talentos ni actividad; cuyo trato social se encerraba en algunos paseos de campo, en las funciones de iglesia y en el ceremonial de insípidas visitas; y cuyos progresos en las ciencias se reducían á la instrucción que alcanzaban en la medicina, las leyes ó la teología, los que se dedicaban á vivir de alguno de estos tres ramos, y que se formaban en ellos con los recursos y en el gusto de la época. La ciudad misma, á pesar de los nu-

meros edificios eclesiásticos que . . . existían ya entonces, era bien reducida; y todo lo que hoy vemos poblado en las orillas de Analco, del Hospicio, de Mexicaltzingo, de Jesús María, San Diego, Jesús, el Santuario y Belén, estaba desierto ó habitado por chozas aisladas que ninguna relación tenían con la planta de los edificios de la ciudad. En consecuencia, mucha de la parte que hoy forma el centro, era entonces la orilla; y algunas personas recuerdan todavía haber visto el camposanto en el lugar donde ahora existe la plaza del mercado, que lleva aún el nombre del feroz Venegas." (31)

Hay que confesar que la descripción está hecha por mano maestra y que es mucho el parecido que aquella tiene con la idea imperfecta que de la ciudad se puede formar el estudioso con sólo las escasas noticias geográficas y estadísticas que de aquel entonces nos quedan. Convengamos, pues, en que el perímetro de Guadalajara era muy reducido; puesto que, aparte de aquellos asertos, tenemos el dato exacto de que veintinueve años antes de la venida del Sr. Alcalde, había dentro del circuito ciudadano, sólo mil quinientas cuarenta y una casas, comprendidas en cuatrocientos catorce "cuarteles ó lienzos," esto es, "cuadras" sin los de los monasterios y templos; y por el mismo tiempo se calculaba la población en ocho ó nueve mil familias de españoles, sin contar las dieciseis también de españoles y mestizos y las cuarenta de indios del curato de Analco, ni las que habitaban en Mexicaltzingo. Según otro dato, sólo se contaron en el año 38 del siglo pasado 8018 personas mayores de siete años, sin incluir las familias de los prebendados, y algunas otras de respeto, los eclesiásticos y los religiosos, los domésticos de los conventos, los estudiantes ni las gentes vecindadas en Analco y Mexicaltzingo. (32)

Feliz fué, por tanto, la idea que el Sr. Alcalde concibiera de hacer sentir las inmediateces de su presencia benéfica á su sede episcopal, mejorándola en todo cuanto dependía de su mano; y así, para dar principio á su grandiosa empresa, resolvió procurar el crecimiento de la población, prefiriendo para ese efecto una de las orillas más cercanas al centro de la ciudad, que era la del lado Norte. Para conseguir ese objeto, ningún otro

medio mejor podría escogitarse, en aquellos tiempos de fe y de piedad, que el de levantar un templo por aquel rumbo, porque los templos eran todavía entonces á manera de los árboles en que se congregan las aves del cielo para poner sus nidos al abrigo; el campanario de las iglesias era una sombra protectora que buscaban anhelosas todas las almas. Se edificaría, pues, aquel templo que era una necesidad para conseguir el aumento del vecindario y la extensión del recinto habitado; si era preciso para lograr ese objeto, el Prelado mismo impendería los gastos que costaran las casas del nuevo barrio; y luego se darían en muy bajo arrendamiento á los pobres que quisieran habitarlas. Además de esos beneficios, el Sr. Alcalde se procuraba, al realizar aquel pensamiento, la satisfacción de un deseo vehemente de su alma: la de que en ese templo fucra reverenciada Nuestra Señora de Guadalupe, aquella imagen indígena á la que profesó, desde su llegada al país, el afecto más ardiente; afecto que ya había demostrado eligiendo el día de su fiesta para verificar dos actos muy solemnes: la consagración de la Catedral de Mérida y el de su entrada pública en Guadalajara. En consecuencia de ese proyecto, en 7 de enero de 1777, el mismo Illmo. Señor Obispo puso, con todo el ceremonial religioso que se acostumbra, la primera piedra del Santuario de Guadalupe.

Con qué ahinco se trabajaría en construir el nuevo templo y las casas de la barriada, nos lo revela el hecho admirable de que siendo todo él de cantería de Huentitán, cuatro años después se hallaba concluido.

Mas paralelamente á la fábrica material se ocupaba también el Sr. Alcalde en proporcionar, con antelación, á la futura iglesia de Ntra. Señora, recursos suficientes para su estabilidad; y así, en 13 de diciembre de 1779, la dotó con el fondo principal de cuarenta mil pesos, con las casas para el cura, los ministros, un capellán y el sacristán y con otras diecinueve casas más; y de todo lo necesario para el servicio religioso, como copón, custodia, crismas, cruces, ciriales, acetres, turíbolo, naveta, cucharillas, relicarios provistos de su precioso contenido; un cerco de plata para el cuadro de la Virgen, pesando tal cerco poco más de treinta marcos; un pectoral de oro, candeleros,

visos de altar, palabrerros, fuentes, bujías, misales, epistolarios, evangelizarios y una riquísima indumentaria,—blanca, negra, verde y carmesí,— encargada á Cadiz desde Mayo de 78, en la que el tisú, los galones de Lyon, las bordaduras de oro y seda, los damascos de Italia, los tafetanes de Málaga, los preciosos encajes de Lorena y Flandes, las estopillas, y el lienzo bretón entraban como señalado material. Y esta esplendidez podía llamarse una simple muestra; supuesto que en los años sucesivos á aquel en que se concluyó el templo, siguió proveyéndolo su fundador con tanta largueza que admira ver el cúmulo de magníficas estofas, de alhajas, —cuyo peso en oro excedía de 23 marcos y en plata llegaba á 736, más 3 onzas, 14 adarmes,— y en fin, de centenares de pinturas, telas y esculturas, que atestaban el recinto ya para 1.º de Enero de 86.

Dijimos antes que sólo cuatro años duró la fábrica de la iglesia; y en efecto, justamente el día 7 de Enero de 1781 la bendecía con toda solemnidad el Illmo. Sr. Alcalde, diciendo la misa primera el P. Presentado Fr. Rodrigo Alonso, el fiel "compañero de Su Illma," (que de este modo lo llama la crónica). Se festejó el acontecimiento por la tarde de ese día, con una procesión que salió de la Catedral y remató en el nuevo templo, en la que tomaron parte la Audiencia, el Ayuntamiento, el clero secular y regular, y muchas personas de la mayor distinción, así vecinos como forasteros. Llevaba en ella bajo de palio al Santísimo Sacramento el Arcediano Dr. D. Juan Bautista Farías; seguía luego el lienzo de la Patrona de la nueva iglesia, enviado por el Abad de la Colegiata; eran conducidos después diecisiete relicarios de oro y plata, uno de los cuales, que llevaba un *Lignum crucis*, estaba colocado en una custodia de oro que sostenía un sacerdote y al que daban escolta de honor dieciseis colegiales del Seminario Tridentino; por todas las calles del trayecto, que fueron las de Santo Domingo, de San Diego y de la Merced, hacia el Norte, se levantaron vistosos altares y se empavesaron todas las casas. Las funciones religiosas en celebración del estreno del templo se sucedieron durante todo el resto del mes, y parte de Febrero; y aun se conserva noticia de que en la del día 8 de Enero dijo la misa el mencionado Arcediano

y predicó el Chantre Dr. D. José Eusebio Larragoiti; el 9 dijo éste la misa y predicó el Magistral, Lic. D. Ignacio Ortega; el 10, celebró la misa el Tesorero de la Catedral, Lic. D. Salvador Roca, pero no se dice quien fué el predicador; y el 11, dijo la misa el Prior del convento de Santo Domingo, Fray Pedro Pérez, y predicó el Sr. Obispo Alcalde, estando presentes todas las autoridades, el Cabildo Eclesiástico y los Prelados regulares. Por último, en los días restantes, tocó celebrar fiestas, en cada día respectivamente, por turno de antigüedad, á las Comunidades de religiosos y religiosas, á los colegios y los gremios. Póstrer detalle: durante las tres primeras noches se iluminaron con braceros y candiles las calles de la barriada, se hicieron salvas de cohetes y en la primera de las tres se quemó un castillo de fuego.

Se conserva también una minuciosa aunque imperfecta descripción del estado del templo, escrita poco tiempo después del estreno de éste. Daban acceso á los fieles tres puertas grandes, y á la luz nueve ventanas provistas de vidrieras. Todo el piso estaba enlosado, y bajo de esas losas se habían fabricado 164 sepulcros para cadáveres de adultos y otros muchas fosas pequeñas para los restos de los niños. En el altar mayor, esculpido y dorado, se hallaba el sagrario, cubierto con un capillo de tela de oro, guarnecido de galón del mismo metal; superando el sagrario, y poco más arriba, estaba colocado un pequeño Cristo de marfil, clavado en una cruz de madera negra con las cantoneras de metal amarillo; á los lados de esta cruz había dos vasos de cristal que contenían reliquias, y otro en la parte superior y en la misma línea central de estos. Superándolo todo estaba colocada la imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe, tocada á su original en 23 de octubre de 1779, obra de pincel egregio de José Alzibar, aquel "discípulo de Ibarra y digno competidor de su maestro," cuyas obras "nada dejan que desear en materia de exactitud, de dibujo y ternura de colorido" (33) y de cuyas imágenes guadalupanas se pudiera muy bien decir lo que Miguel Angel de las Vírgenes que el Angelico Beato pintaba sólo arrojado: "un hombre no ha podido hacer estas figuras sino después de haberlas visto en el cielo." La imagen de Ntra. Señora

estaba colocada dentro del marco á que ya nos referimos, y éste, en un nicho cerrado en su frente por dos grandes cristales. A los lados del nicho había dos candilillos de plata, suspendidos de unas cadenas blancas. La mesa del altar que era de madera pintada de rojo, estaba guarnecida de un frontal de plata, que pesaba ciento once marcos y siete onzas. Cerraba el presbiterio un barandal de fierro, pintado de verde, con filetes de oro. Por último en el cuerpo de la iglesia se levantaban cuatro coraterales muy bien tallados y dorados, conteniendo varios santos; de la bóveda pendían otras varias lámparas de plata, y de las paredes multitud de imágenes. En el exterior, dos torres espadañas contenían seis campanas consagradas por el Sr. Alcalde, de las cuales seis se conservan todavía dos. (34)

Enlace íntimo con la fundación del Santuario tiene la apertura del Camposanto que, por el Poniente, le estaba anexo. Era una extensión de terreno cercado, con cinco cruces de piedra levantadas en el recinto, y una capillita en su centro, que resguardaba un altar, cuya mesa estaba plateada y pintada al óleo y sobre la que se destacaba un gran cuadro de las Animas, presidido por la Virgen del Rosario, Santo Domingo y Santa Rosa. El Camposanto contenía también otras dos piezas, una que era sacristía y la otra destinada á guardar los instrumentos de los sepultureros. Ese nuevo monumento de la misericordia del Sr. Alcalde, se bendijo el 21 de febrero del año de 80, sirviendo de asistentes al Obispo, que en persona verificó la ceremonia, el Sr. Canónigo Enríquez y el Racionero Sr. Fuentes; habiendo luego celebrado la primera misa en la capilla el Cura de Juchipila D. Daniel Espinosa. Estuvo este Camposanto en servicio como sesenta años. (35)

Perdónesenos que nos hayamos extendido en esas minuciosidades de que nadie había hablado hasta ahora; pero á las que nosotros dedicamos tanta atención, porque creemos que con el conocimiento de los detalles se puede apreciar mejor su conjunto. Así ya podrá concebirse cuánta magnificencia encierra el gasto que importó la obra del Santuario de Guadalupe y sus dotaciones. ¡Doscientos cuarenta mil ochocientos